—Porque olvidasteis, sin duda, que un humilde guardador de cerdos conquistó el Perú.

—También es cierto.

—Podía, querido tío, citar cien casos con sólo echar una rápida ojeada sobre los hechos de nuestra patria historia; pero no los creo precisos para justificar mi posición de hoy, y la que más adelante pienso conseguir.

—¡Cómo! ¿Aspiras aún á elevarte más?—preguntó sorprendido el bueno del prior.

—¡Pues no he de aspirar!

—La ambición es un pecado, sobrino mío.

—Pero cuando la ambición es justa, yo la tengo por una virtud. Al abrazar la carrera de las armas me tracé una línea de conducta, y ésa pienso seguir hasta llegar á la cumbre de mis aspiraciones. Al ver sobre mi hombro izquierdo la jineta de alférez, me dije: faja ó caja, y empuñaré el bastón de general si la muerte no me sale al encuentro cortándome el camino.

—¡Jesús, Jesús mil veces! ¡Estás loco, muchacho, estás loco!

—Si cuando salí de esta misma celda desesperado os hubiera dicho cualquiera que me habíais de ver de coronel de un regimiento de valonas, ¿no hubierais tenido por demente al que tal cosa asegurase?

—Sí que le hubiera tenido por loco.

—Pues ¿creéis acaso que es más difícil llegar de coronel á general que de alférez á coronel?

—Yo no entiendo de esas cosas; pero me parece

que tienes y has tenido tú siempre la cabeza muy ligera para ocupar un puesto tan difícil y tan respetable.

—Pues le ocuparé, querido tío; y para que vuestro asombro llegue á su último límite, os añado además que el humilde apellido de nuestra familia se enlazará con otro de nuestra primera nobleza; que privaré al lado de nuestro augusto monarca, y que cuando todo esto se haya realizado, pondré á vuestra disposición oda mi infl uencia para que la utilicéis de la manera que queráis.

—¡Calla, calla!

—Yo seré siempre vuestro cariñoso sobrino, lo mismo que lo seré también de mi tío Pablo, á quien conduje á Francia, confesión que os hago ahora por lo mismo que no quise hacérosla en el tribunal de la Inquisición cuando me quisisteis obligar á ello.

—Allí como allí, y aquí como aquí. Yo cumplí entonces con mi deber, como cumpliría cien veces que me viese en el mismo caso.

—Y yo cumplí con el mío no diciendo á un juez lo que podía perjudicar á un individuo de mi familia, y confesando ahora á un pariente el beneficio que dispensé á otro.

—Bien, mira, echemos un velo sobre todo lo pasado.

—Sí, señor: para poder vivir es necesario olvidar.

—Y perdonar, si hemos de cumplir con los preceptos del Evangelio, —añadió el prior, que convencido

ya de que su sobrino sería general, deseaba que no se acordase de los malos ratos que le hizo sufrir cuando le tenía á su lado en calidad de novicio.

Zúñiga, que conoció la intención de su tío, dióle nuevas seguridades de que todo lo había olvidado, con lo que el bueno del prior quedóse regocijado en extremo.

Luégo entregó á su sobrino el real despacho de coronel, que, como sabemos, guardaba, y despidióle afectuosamente, encargándole que no dejara de visitarle á menudo, asegurándole que le tendría presente en sus oraciones, á fin de que el cielo le preservase de todo mal.

Don Juan besó con el mayor respeto la mano de su tío y salió de la celda satisfecho de su proceder, pero diciendo para sí:

—En este pícaro mundo, desde el ser más ruin al más elevado, rinden fervoroso culto al dios Éxito. Si en vez de presentarme en esta santa casa hecho un coronel, me presento desarrapado y hambriento, como en otra época, mi seráfico tío me encierra en el *impace* á pan y agua, ó me hace echar de aquí á latigazos como á un perro rabioso. Tanto tienes, tanto vales. ¡Qué verdad tan desconsoladora!

CAPITULO XCVII

Un lego de tomo y lomo.

IENTRAS Zúñiga sostenía con su tío el diálogo que dejamos consignado en el capítulo anterior, el hermano portero fué anunciando á cuantos monjes encontraba al paso la visita al prior del flamante coronel.

La noticia se extendió con la rapidez del rayo por todos los ámbitos del monasterio.

Cuantos monjes conocían á don Juan, poseídos de una curiosidad grande, salieron á los claustros del piso bajo á fin de saludarle. Así es que apenas puso su planta nuestro protagonista en la galería baja, encontróse rodeado

por sus antiguos catedráticos y condiscípulos, que afanábanse á porfía á colmarle de alabanzas y enhorabuenas.

Más de un corazón agitóse bajo el tosco sayal á impulsos de la envidia que les inspiraba la brillante posición del ex novicio

Más de uno de aquellos monjes jóvenes, á quienes la paz y la austeridad de la vida monástica no habían logrado aun matar por completo en su alma el germen de las pasiones, se dijo:

—¿Por qué no habré hecho yo lo que éste hizo?

Juan de Zúñiga tuvo abrazos, apretones de manos y palabras cariñosas para todos.

Su carácter franco y expansivo se prestaba perfectamente á escenas como aquellas.

Además, nuestro joven coronel sentíase verdaderamente satisfecho en aquel instante.

Su amor propio encontrábase halagado al demostrar, como en aquella ocasión lo hacía, á sus antiguos compañeros de claustro que al colgar los hábitos lo hizo porque su alma necesitaba horizontes más anchos en que esparcirse, porque su inclinación le impulsaba á los azares de la vida de campaña, más que á la tranquila y sedentaria vida contemplativa.

Pero cuando la alegría de Zúñiga no tuvo límites fué al ver destacarse de uno de los grupos de monjes que inundaban el claustro á un lego gordo y colorado como un tudesco, que con los brazos abiertos se dirigía hacia él gritando:

—¿Conque es verdad que vivís, mi amo y señor?

Zúñiga lanzó al verle una ruidosa carcajada y se precipitó en los brazos del recién llegado, diciendo:

—¡Bribón, ya has realizado tu bello ideal!

Aquel lego tan de tomo y lomo no era otro que su antiguo criado Antonio.

El joven coronel apretó con tanta efusión á su sirviente, que estuvo á punto de sofocarle.

Antonio, llorando de alegría y casi ahogado por la emoción y por los apretones del joven coronel, exclamaba:

—¡Pero si me parece imposible que nuestro santo patrono me proporcione la inmensa dicha que en este instante experimento! ¡Haberos rezado tantas veces por muerto, y veros ahora lleno de salud y de vida, y hecho nada menos que jefe de un regimiento de la guardia! ¡Milagro, milagro patente de mi santo patrón! ¡No me cabe duda!

Y Antonio volvía á abrazar á su señor y limpiarse con su pañuelo de hierbas sus ojos, preñados de lágrimas.

Zúñiga sonriendo repuso:

—Bien puedes asegurar que milagro, y grande, fué que saliese con vida el último día que nos vimos de las manos de aquellos perros que me acosaban por todas partes.

—¡Si todos, y hasta el mismo general, os creyeron, señor, hecho pedazos!

—Pues sólo dos pequeños rasguños saqué de aquel

tráfago, donde la muerte tendía hombres como el segador tiende espigas á los golpes de su cortante hoz.

—Fué un día horrible, cuyo recuerdo aun turba mis sueños, á pesar de la calma que presta á mi espíritu la paz de esta santa casa.

—¡Se batió bien el cobre aquel día!

—¡Ya, ya! Aquellos malditos árabes nos dieron una paliza que no nos dejaron hueso sano.

—¡Y eso que no supieron aprovecharse de la victoria! Si después de derrotarnos, como nos derrotaron, caen, con la fuerza y la confianza que presta la victoria, sobre el resto del ejército que os acogisteis al amparo de la escuadra, es fácil que de cuantos pisamos entonces el suelo africano no hubiera quedado un solo hombre para dar cuenta de lo que allí había sucedido.

—No creáis, señor, que el miedo que pasamos de que sucediera lo que acabáis de decir, fué pequeño. Por mi parte puedo aseguraros que hasta que me vi á bordo y navegando á todo trapo para España, no las tuve todas conmigo.

—Pues mientras tú navegabas hacia la patria, yo encontrábame herido, atado de pies y manos como una fiera, y sepultado en el oscuro seno de una mazmorra, y, sin embargo...

—Estabais tranquilo, ¿no es verdad?

—Sí: confiaba en quien tú sabes,—repuso Zúñiga sonriendo.

Antonio, conociendo que su antiguo amo se refería al diablo, se santiguó precipitadamente, diciendo·

—Pero, señor, ¿es posible que todavía creáis?...

—¿Cómo que todavía? Pues ahora con más fe y con más convicción que nunca. El incrédulo Santo Tomás, ¿podía dudar acaso de la resurrección de su divino Maestro después que metió sus dedos en las heridas del Mártir del Gólgota?

—Seguramente que no.

—Pues entonces, ¿cómo quieres que yo dude del poder de mi protector, cuando he sido esclavo, y soy libre, cuando me creí muerto, y me encuentro vivo, y cuando me veo coronel efectivo desde simple alférez que era cuando me empezó á dispensar su protección?

—¡Argüís de una manera!...

—La lógica de los hechos consumados es abrumadora, irrebatible.

—Sí, pero...

—Y créeme que no han de parar las cosas en él punto que hoy están. Dentro de poco me verás empuñando el bastón de general y unido á mi siempre idolatrada Adelina.

—¡Ah! Recordad, señor, que todo cuanto estáis diciendo lo vi yo en sueños hace algunos años, y os lo dije, y os burlasteis de mí, motejándome de loco.

—Verdad es cuanto dices; pero nunca hubiera creído en que aquel sueño pudiera realizarse, á no haberlo anunciado hace pocas noches mi generoso protector.

—¡Ah! ¿Luego habéis vuelto á verle?—preguntó alarmado el orondo lego.

—Y no una vez sola, amigo Antonio.

—¡Por Dios, señor, tened en cuenta vuestra alma! Acordaos que la muerte nos acecha, y que cuando menos lo pensamos esgrime su guadaña, y...

—¡Zas! Le hace saltar á uno la cabeza de los hombros como una guinda.

Y Zúñiga, al terminar estas frases, soltó una ruidosa carcajada.

—Señor, no os burléis de esa manera de cosas tan imponentes como la muerte.

—Quien la ha desafiado frente á frente en los campos de batalla no la tiene tanto miedo como los que nunca han visto su horrible catadura.

—Mirad, señor, que llegará un día en que os arrepintáis...

—¡Ea! Cesa de pretender representar cerca de mí el papel de diablo predicador, si no quieres que, recordando tiempos pasados, te mida las espaldas con mi bastón de coronel.

—¡Pero, señor, cuándo vais á sentar la cabeza!—exclamó el lego cruzando las manos y compungiendo el rostro.

—¡Tunante! Si no respetara el hábito que vistes, ya te haría yo poner ese gesto de anacoreta que pones. Genio y figura, hasta la sepultura. Ya lo sabes. Pero mi visita á esta santa casa se va prolongando más de lo conveniente, y voy á llegar tarde á ver á mi futura.

—¡Ah! ¿Vais á ver á la señorita Adelina?

—¿Podía yo acaso pasar un día sin verla, siendo

ella, como sabes que ha sido siempre, mi gloria y mi encanto?

—Señor, pero ¡qué flaco de memoria sois, cuando tan formalmente me decís ciertas cosas!

—Pues qué, ¿no es verdad cuanto acabo de afirmarte?

—Recordad aquella sultana por quien obligasteis al señor marqués de la Estrella á guardar cama más de un mes, y aquellas cartitas perfumadas que me expusieron á recibir una paliza mayúscula.

—Aquello fué una nube de verano, que se disipó para siempre al primer soplo del viento.

—¿Y aquella arrogante capitana de bandidos que encontramos en las provincias vascas?

—Otra nubecilla de verano también.

—Nubarrón, y preñado de granizos de plomo. Recordad si no la nochecita del molino.

—¡Buena sarracina se armó!

—¡Ay! ¡Cada vez que recuerdo las escenas de aquella noche se me ponen los pelos de punta!

—Serán los del cerquillo, porque tienes la cabeza más rasa que una calabaza. Para terminar: ya que hemos tenido la suerte de volvernos á ver después de las pasadas vicisitudes, y como yo te aprecio á pesar de todas tus marrullerías, te propongo que ahorques los hábitos, como en otro tiempo lo hiciste, y vuelvas á mi servicio.

Antonio no pudo reprimir un gesto de desagrado al oir la proposición de su antiguo señor.

Éste, que efectivamente apreciaba á su paisano, prosiguió diciendo:

—Ten en cuenta que la casa y la bolsa de un coronel no pueden ser lo mismo que las de un alférez. Ahora ni te verás obligado á ayunar, ni desempeñarás comisiones que te expongan á que te calienten las costillas. Además, en cuanto se verifique mi enlace con Adelina montaré mi casa como corresponde á mi nueva posición, y entonces te nombraré mi mayordomo. ¿Conque tienes alguna objeción que oponer á las proposiciones que te hago?

—Una sola, señor,—repuso Antonio, dando á su rostro la expresión más compungida que pudo.

—Y ¿qué objeción es ésa?

—La de que aunque lo siento con toda mi alma, no puedo aceptar el brillante partido que me proponéis.

—¿Que no puedes aceptarle?—repuso Zúñiga amostazado por la negativa.

—No puedo, señor.

—¿Por qué?

—Porque en medio de los peligros que corrimos en Africa, cuando os creía muerto y me figuraba que no había de tardar en seguiros al otro mundo, hice al santo patrón de este convento voto de dedicarme para siempre á su servicio, si me sacaba con vida de aquella difícil situación.

—A quien has hecho tú voto de permanecer aquí es á la despensa, tunante, glotón.

Lit. J. M. Mateo, Barquillo, 6, Madrid

—A quien has hecho tu voto, es á la despensa ¡Tunante!

—Señor, pero ¿es posible que creáis semejante cosa?—exclamó el lego, fingiéndose entristecido para ocultar la emoción que le causaba que su amo adivinase tan perfectamente sus intenciones.

Pero Zúñiga, que sabía demasiado bien lo que era su paisano, le dijo:

—Eres un desagradecido y un egoísta, á quien no debe honrar con su saludo el que se precia de bien nacido. Quédate en la despensa, glotón, que pronto reventarás como el hermano Anselmo.

Y al acabar de decir estas palabras, Zúñiga volvió la espalda á su antiguo criado, tomando la dirección de la puerta de la calle.

Antonio intentó justificar su actitud con cuantas razones se le ocurrían; pero viendo que don Juan no le escuchaba, le asió del faldón de la casaca para detenerle.

El joven coronel rechazó al lego con energía, diciéndole:

—Déjame en paz, Heliogábalo, que pronto tendré el gusto de verte reventar de un atracón.

Y sin proferir una palabra más, repasó la portería, y ganando la puerta del monasterio aventuróse hacia el prado de San Fermín.

Antonio le miró alejarse haciéndose las siguientes reflexiones:

—Ya se le pasará el enfado: después de todo, tiene un corazón de ángel. ¡A cualquiera hora iba yo á colgar mi hábito de lego para embutirme en la galoneada

librea de mayordomo! Buena es una, y mojaba en la pringue. El que deja lo cierto por lo dudoso merece no ser feliz.

¡Pues poco suspiré yo en otro tiempo recordando el refectorio de esta santa casa!

A mí no me deslumbran ya las pompas del mundo.

Tripa llena y hábito amplio y cómodo es mi divisa, y entre morir de hambre ó de un atracón no dudo en escoger.

Diga don Juan lo que quiera, yo soy partidario de aquel adagio que dice: «Muera Marta, y muera harta.»

CAPITULO XCVIII

Un nuevo asalto á la despensa.

Las campanas del convento de San Jerónimo anunciaron con sus tristes vibraciones el toque de ánimas.

Los frailes, que habían saboreado en el refectorio una suculenta cena, elevaron sus plegarias al Señor, y después fueron retirándose á sus respectivas celdas.

Todo esto verificábase en la noche de un viernes; esto es, el día de la semana en que Antonio, cumpliendo la penitencia de ayuno que habíale impuesto fray Bernardo, esperaba con gran ansiedad que se recogiesen los padres, á fin de dar su ataque á los perniles de la bien provista despensa.

El antiguo criado de Zúñiga encerróse en su habitación.

Luégo aplicó el oído á la cerradura.

Sintió el rumor de los pasos de los padres, que iban á consagrarse al reposo.

Luégo oyó que el prior tosía en su celda.

Era indudable que todos habíanse recogido ya.

Entonces Antonio abrió muy despacio la puerta, quitóse luégo las sandalias para que se apagase el rumor de sus pasos, y provisto de un cabo de vela que no debía encender hasta hallarse en la habitación donde pensaba satisfacer las exigencias de su estómago, aventuróse á tientas por la galería.

Algunos instantes después, Antonio se hallaba en la despensa. Encendió el cabo.

Luégo dirigió una mirada á su alrededor.

Estaba solo.

Podía, por lo tanto, comenzar el asalto.

Antonio fijó sus ojos con verdadera complacencia en los perniles y en los embutidos, que hallábanse colgados en cuerdas que cruzaban de un lado á otro del aposento.

—¡Bendito y alabado sea el Dios omnipotente!—exclamó cruzando las manos mientras elevaba sus ojos al cielo.—¡Bendito sea mil veces el que creó tales cosas para nutrir y recrear á las criaturas!

Y esto dicho, Antonio sacó de uno de sus bolsillos una navaja, que abrió, disponiéndose á cortar una buena lonja de pernil.

Este deseo fué ejecutado en seguida.

El mofletudo lego llenóse la boca.

Era cosa digna de verle sentado sobre un barril de vino generoso y comiendo á dos carrillos.

Aquella noche tenía más apetito que de costumbre, y eso que, como nuestros lectores saben, no le faltaba nunca.

Los perniles sufrieron una considerable merma.

Antonio se ahogaba.

Gruesas gotas de sudor corrían por su frente.

Era preciso beber un trago, pero uno de esos tragos que hacen bajar el líquido algunas líneas, aun en los barriles que, como aquéllos, medían seis ó siete pies de circunferencia.

—Preciso es beber en relación de lo que se come,— exclamó Antonio.

Y disponíase á cortar un nuevo pedazo de pernil, cuando parecióle que oía ruido en la escalera.

El lego apresuróse á dejar el pernil en su sitio.

—No es ilusión,—se dijo:—alguien se acerca.

Y acurrucóse detrás de una de las barricas, después de darle un soplo á la vela.

Antonio no se había engañado.

El que se acercaba era el padre Saturnino, robusto fraile y persona de gran confianza, por lo que el prior no había dudado en nombrarle despensero.

Y ciertamente que no hubiera podido elegir otro más á propósito.

Era un esclavo de sus obligaciones y un verdadero inteligente en el arte culinario.

Aquella mañana había puesto en adobo unas aceitunas.

Llamóle el prior antes que acabase de echarles el aliño, y lo cierto es que, contra su costumbre, no habíase vuelto á acordar que había hecho esta importante omisión, hasta que estaba acostado.

El padre Saturnino, á pesar de lo muy obeso que se hallaba, no tuvo pereza de vestirse.

Púsose, pues, su hábito y se dirigió á la despensa.

Hé aquí explicado por qué fué interrumpida á semejante hora la cena del buen Antonio.

El padre Saturnino penetró en la despensa.

Luégo colgó en un clavo que había en la pared un candil que llevaba.

Después encogió las narices.

Tenía un olfato más privilegiado que un podenco, y acababa de advertir el olor que despedía el pábilo de la luz que apagó Antonio.

El padre Saturnino tosió dos veces.

Luégo sus ojos recorrieron la estancia con la mirada.

No vió á nadie; pero uno de los perniles se columpiaba como la péndola de un reloj.

El fraile tosió de nuevo.

No dijo, sin embargo, una palabra, y echándoles el

aliño á las aceitunas, salió silenciosamente de la despensa.

Antonio oyó el rumor de sus pasos, que perdiéronse en la escalera.

Entonces, saliendo de su escondrijo, estregóse las manos, y exclamó:

—¡No me ha visto! ¡Vaya un susto que me he llevado; pero afortunadamente tuve tiempo de ocultarme!

Antonio cortó otra buena magra, guardóse un par de tortas de gran tamaño y dirigióse á su celda.

Veamos las conjeturas que hacía el padre Saturnino entre tanto.

—Ya había notado, —decíase, —que había muchas mermas; pensé al principio que serían ocasionadas por los ratones, aunque los veintisiete gatos que hay en el convento no habían de estar ociosos. Hay además otros indicios que no dejan lugar á la duda. Los gatos no habían de beberse el vino generoso, ni llegar á los perniles que se encuentran fuera del alcance de sus uñas. Tampoco necesitaban tener luz encendida para comer. ¡Ah! ¡yo sabré quién es! No se opone el prior á que se satisfaga el apetito en la mesa, pero estos latrocinios merecen un escarmiento, y lo tendrán.

Al siguiente día, Antonio no se encontraba bien.

Sentía una gran pesadez en el estómago.

Fué necesario que lo llamasen para que acudiese al refectorio, donde esperaba el aromático y humeante chocolate.

—¿No tenéis apetito?—le preguntó con extrañeza el prior.

—Confieso que no.

—Y eso que ayer ayunasteis.

—Quizá por esto mismo.

Y Antonio bajó los ojos.

El padre Saturnino no cesaba de mirarle.

—Apostaría cualquier cosa,—pensó,—á que este lego es el que ha estado esta noche en la despensa: por eso no quiere el desayuno.

Y el fraile se propuso hacer aquella misma noche sus averiguaciones.

Estuvo hablando con el prior, á fin de que le ayudara á poner en práctica los fines que se proponía.

La leve indigestión de Antonio había desaparecido para la hora de comer.

Sentóse, pues, junto á la mesa, dispuesto á hacerla bien los honores; pero fray Bernardo defraudó todas sus esperanzas.

—Hermano Antonio,—le dijo con dulzura,—estáis muy quebrado de color: no comáis, por lo tanto, más que un poco de sopa.

—Reflexione el reverendo prior que ayer ayuné, y que esta mañana bebí el chocolate sin mojar en él ni un pedazo de pan.

—No importa: no os conviene cargar el estómago, para que mañana estéis completamente bueno.

—Pero...

—Ni una palabra más: haríais con ella que creyese

que estáis tentado de la gula, pecado muy grave para el que conoce lo poco de que há menester el cuerpo para nutrirse.

Antonio guardó silencio.

Aquel día tuvo que contentarse con un plato de sopa, que no sirvióle sino para aumentar su apetito.

¡Con cuánta impaciencia esperó á que llegase la noche!

—La despensa lo pagará,—se decía.

Y la boca hacíasele agua.

Apenas oyóse en el convento el toque de ánimas, el padre Saturnino dirigióse á la despensa, ocultándose detrás de uno de los barriles.

Desde allí disponíase á observar quién era el que todas las noches daba tan terribles avances á las provisiones.

Antonio no se hizo esperar.

Dejó, como de costumbre, la vela sobre una de las pilas, empezando á comer con verdadero apetito.

Hubo un detalle que por poco obliga al padre Saturnino á salir del sitio en que hallábase oculto.

El lego destapó el barrilillo de las aceitunas.

Probó una, y debió agradarle lo bien que estaban aliñadas, pues dióse tanta prisa, que temió el despensero que no dejase una.

—¡Qué ricas están! —exclamaba Antonio con la boca llena.—¡El demonio es el padre Saturnino para

preparar estas cosas! Podía ser el cocinero de su majestad.

Y el lego ya no se contentaba con cogerlas una á una, sino que á puñados se las metía en la boca, como si echase perdigones en el cañón de una escopeta.

Cuando estuvo harto de aceitunas, como de todo aquello que descubrieron sus ojos:

—¡Este hombre es una calamidad!—exclamaba el padre Saturnino.—¡Hace más daño en una despensa que un millón de ratas!

Y apretaba los puños, como quien dice:

—¡Ya me las pagarás, grandísimo hambrón!

Terminada la cena del lego, éste aplicó los labios al grifón de madera de uno de los barriles.

—¡El jerez de veinte años!—exclamó el padre haciendo un movimiento.

Antonio apartó los labios del grifón.

—¿Eh? ¿Qué es eso?—preguntóse.—¿Bajará también esta noche el despensero para echar más aliño á las aceitunas? Si es así, no faltaré mañana para probarlas antes que el padre prior.

Y Antonio, que sentíase un poco embriagado, salió del aposento, aventurándose por la escalera.

Entonces púsose en pie el padre Saturnino.

—¡Yo te aseguro,—exclamó fijando sus ojos en la puerta,—que has de pagármelas todas juntas, gran bribón!

Y saliendo de la despensa, dirigióse á su aposento.

Aquella noche apenas pudo dormir.

Estaba presa de la mayor intranquilidad.

En cambio, Antonio descansaba á pierna suelta.

Tuvo dulcísimos sueños.

Figurábase que se hallaba en el edén de sus deseos, y que la despensa estaba provista de nuevos manjares.

Cuando despertóse al día siguiente, se dijo:

—Poco me importa que el padre prior me tenga también á dieta: yo me contento con hacer una comida cada veinticuatro horas, siempre que ésta sea abundante como la de anoche. ¡Qué buenas estaban las aceitunas y el jamón, y sobre todo el vinillo de Jerez!

Antonio oyó las vibraciones de la campana que llamaba al refectorio.

—Vamos allá,—se dijo, y salió de la celda.

En la galería encontró al padre Saturnino.

—Buenos días, padre,—dijo Antonio con solicitud, —pues el despensero le inspiraba verdadera veneración.

—¿Cómo se encuentra hoy el hermano Antonio?

—Bastante mejoradito.

—Lo celebro.

Y ambos penetraron en el refectorio.

CAPITULO XCIX

Los emparedados del padre Saturnino.

URANTE el desayuno, los ojos del padre Saturnino no se fijaron ni una sola vez en Antonio.

Sin embargo, aunque no mirábale frente á frente, observóle á hurtadillas.

Vió lo poco que el robusto lego comía, y díjose para sus adentros:

—¡Bien se conoce que tienes lleno el estómago, tunante!

Terminado el desayuno, el padre Bernardo pronunció una oración, á la que respondieron todos los religiosos.

Después que el prior púsose en pie, los frailes hicieron lo mismo, saliendo del refectorio.

El padre Saturnino fué el que abandonó el último la estancia.

Sigámosle.

El despensero, en vez de dirigirse á su celda ó al coro, aventuróse por una larga galería.

Limitaba ésta en una espaciosa puerta.

El padre empujó la mampara, penetrando en la botica del convento.

En ella hallábase sentado junto á una mesa el padre Nicolás.

Era el boticario del monasterio.

El padre Nicolás frisaba en los sesenta años.

Su obesidad superaba á todas las de los otros padres, y eso que había entre ellos quien pesaba sus once arrobas.

La frente del padre Nicolás era espaciosa, tanto, que si había de limitarla el pelo, hubiera que medirla hasta cerca de la nuca, merced á su inmensa calva.

Usaba anteojos, que en el instante en que entró el repostero tenía colocados sobre las cejas.

En cuanto á la estancia donde habíase instalado la botica, era un rectángulo bastante espacioso.

Las paredes estaban cubiertas por anaquelerías de pino pintado de color de café, en cuyos departamentos veíanse en perfecta colocación frascos y botes de todos tamaños, retortas y otros adminículos necesarios para la química.

La atmósfera que allí se respiraba era agradable, predominando, entre diversidad de olores, el del éter.

El fraile hallábase, como ya hemos dicho, sentado en un sillón de vaqueta junto á la mesa, sobre la que veíase un peso, algunos frascos y un mortero, en cuyo fondo había una sustancia del reino vegetal.

—¡Loado sea Dios, padre Nicolás!—dijo el despensero.

—Él os traiga con bien,—respondióle el boticario, mientras en sus labios dibujóse una benévola sonrisa.

—¡Siempre trabajando!

—¡Qué hacer! Por desgracia no es tan perfecta la salud de los buenos padres, que no necesiten el auxilio de la ciencia.

—Es verdad.

—Y ¿á qué debo esta mañana la satisfacción de veros por aquí? Casi me atrevo á adivinarlo.

—¿Qué cree el padre Nicolás?

—Sencillamente que como en la botica hay algunas especias muy á propósito para condimentar ciertos y determinados guisos, la nuez moscada por ejemplo...

—No, padre,—interrumpió el despensero;—es otro el objeto de mi visita.

—Sentaos, pues. ¿Acaso estáis enfermo y necesitáis alguna medicina?

—Gracias á Dios disfruto en este instante de la más perfecta salud.

—La Santísima Virgen María os la conserve.

Y esto dicho, el padre Nicolás interrogó al despensero con una mirada.

—Ya recordaréis,—dijo éste,—que hace pocas tar-

des os prometí un par de docenas de tortas de las que tanto os gustan, según me habéis dicho.

—Con efecto. Promesa que agradecí infinito, pues pensé desde luégo, como creo que os dije, hacer un regalo á mi sobrina Encarnación.

—No ignoráis el interés que me produce todo lo que con vuestra persona tiene relación, y seguramente os extrañaría mucho que no os enviase lo prometido.

El boticario rascóse con el índice la punta de la nariz.

Luégo dijo:

—Pensé que vuestras muchas ocupaciones os habrían impedido dedicarme un rato.

—Nunca, padre Nicolás. Antes se hubieran quedado por hacer otras cosas. Bastaba que fuese un asunto vuestro para que le consagrase toda mi preferencia.

El boticario tomó de encima de la mesa una cajita de concha que contenía rapé.

Luégo, abriéndola, la aproximó al despensero.

Éste tomó un polvo con mucha pulcritud, llevándoselo luégo á la nariz y aspirándolo con verdadero deleite.

Después de una breve pausa prosiguió el diálogo.

—Al día siguiente de haceros la promesa de las tortas,—dijo el padre Saturnino,—dediquéme á hacerlas. Jamás han salido más tiernas y más deliciosas. Las dejé aquella noche en la despensa, y á la mañana siguiente, cuando fuí á buscarlas para remitíroslas, me encontré que habían desaparecido.

—¿Las veinticuatro?

—Sin quedar de ellas el menor resto.

—¿Habrá ratas en la despensa?

—Esto pensé al principio; pero antes de anoche convencíme de que no son las ratas las que hacen tales mermas, sino un goloso.

—Esto debe castigarse severamente.

—Con este objeto he venido á buscaros.

—¿Habéis dicho vuestra sospecha al padre prior?

—Lo sabe; pero nadie más á propósito que vos para escarmentar al lego que de tal modo se aprovecha de las horas de la noche, privándonos de los manjares más exquisitos.

—Decidme qué he de hacer.

—Hoy haré unas empanadas de jamón que seguramente han de excitar el apetito del goloso.

—Es natural.

—Es preciso que con ellas vaya combinada una sustancia que sin ser muy nociva, le produzca unos buenos retortijones de vientre.

—¡Gran idea!

—Un purgante activo.

—Ninguno tan á propósito como la jalapa.

—Dadme, pues, la cantidad que consideréis suficiente para el fin que nos proponemos, que yo me encargo de lo demás.

El boticario abandonó el asiento que ocupaba, no sin lanzar unos cuantos resoplidos, pues fatigábase sobre manera.

Luégo, llegándose á uno de los armarios, tomó un bote que contenía la sustancia que deseaba.

Colocó después un papel sobre uno de los dorados platillos de la balanza, poniendo en el otro una pesa.

Cuando hubo pesado la cantidad que deseaba, dobló el papel, y dijo:

—Por muy fuerte y privilegiado que sea el estómago del lego, os aseguro que ha de sufrir unos dolores más que regulares.

—A ver si le sirven de escarmiento.

—Me parece que sí.

—Y mañana mismo haré las tortas para que se las enviéis á vuestra sobrina.

El despensero salió de la botica.

En el pasillo encontróse con Antonio.

—A propósito, hermano,—dijo el padre Saturnino, —tengo que pediros un favor.

—Mandad cuanto gustéis.

—Me precisa hacer unas tortas con la mayor urgencia para obsequiar á mi familia. Son pesadas y entretenidas, pues necesita trabarse mucho la masa. ¿Queréis ayudarme á esta operación?

—Con mucho gusto, padre.

—Vamos, pues á la cocina.

Antonio relamíase los labios de gusto.

—¡Unas tortas,—exclamaba para sus adentros,— que el padre Saturnino hace para obsequiar á sus parientes, y que no se las enviará hasta mañana! ¡Cómo voy á ponerme esta noche!

Así pensaba el antiguo criado de don Juan de Zúñiga, cuando penetró en la cocina, en cuyo gran fogón hervían algunas cacerolas donde cocíanse las albondiguillas del convento.

El padre Saturnino cargó de carbón una de las hornillas, después de colocar debajo unas cuantas ascuas.

En cuanto á Antonio, habíase ya provisto de un gran fuelle para avivar el fuego.

Éste no tardó en comunicar su brillantez al combustible.

—Basta, basta,—dijo el despensero, —no se nos pase la lumbre.

Y mientras daba este consejo, formaba en una fuente una combinación de huevos, harina y jalapa.

—Batidlo bien, hermano Antonio, hasta que esté muy trabada la masa.

—¿No lleva más que estos ingredientes?

—Y unos buenos trozos de viejo pernil.

—¿Luego vais á hacer unos emparedados?

—Precisamente.

—A vuestra familia se le va á hacer la boca agua.

—¡Ya lo creo! Otro día los probaréis: pienso hacer este plato para la comunidad cuando esté de humor.

Antonio batía con una cuchara aquella masa, que iba adquiriendo bastante consistencia.

El despensero ocupóse en partir el jamón.

—¡Qué olorcillo despide ese pernil!—exclamaba el lego mirándole con ojos glotones.

Cuando todo estuvo dispuesto, el fraile colocó sobre las ascuas una gran sartén con manteca.

Derritióse ésta, y empezaron á confeccionarse los emparedados.

Éstos fueron tomando un color dorado que arrancaba hondos suspiros al pecho de Antonio.

Cuando el padre Saturnino hubo concluído, puso los emparedados en una gran fuente.

—Muchas gracias, hermano,—dijo.—Dios os premie la ayuda que acabáis de prestarme.

Y salió de la cocina, llevándose los emparedados.

—¡Ni siquiera me ha ofrecido uno para que los pruebe!—exclamó Antonio.—No puede darse mayor ruindad. Afortunadamente, esta noche he de hacer algunas mermas. Debían saber á gloria.

Aquella tarde Antonio apenas quiso comer.

Reservábase para la noche.

De su imaginación no se apartaba el recuerdo de los emparedados que había visto hacer con tanta pulcritud.

—¡Y qué dulcecitos debían estar,—decíase,—porque aquellos polvos blancos eran seguramente azúcar! Lo menos voy á comerme dos docenas.

Y Antonio se chupaba los dedos de gusto como si ya estuviese recreándose el paladar.

Llegó la noche.

Después de la cena y de rezar en el coro, los frailes retiráronse á sus celdas.

Cuando hubo adquirido Antonio la seguridad de

que no habían de verle, salió de su aposento, dirigiéndose á la despensa.

Grande fué su alegría al ver en uno de los vasares la fuente de emparedados.

Tal era su deseo de probarlos, que ni dirigió alrededor de la estancia una mirada para ver si estaba solo.

—¡Qué ricos!—exclamó.

Y comióse un emparedado.

Luégo otro.

Y no acordóse del vino hasta que había hecho desaparecer una docena.

Bien lejos hallábase de pensar que el padre Saturnino habíale jugado una mala partida.

CAPITULO C

El que escucha, su mal oye.

ALLÁBASE Antonio ensimismado en sus aficiones gastronómicas, é iba á llevarse á los labios otro emparedado después de beber un sendo trago de lo añejo, cuando llegó hasta él un confuso rumor.

—¡Cáspita! — exclamó hiriendo con el pie una de las losas del pavimento,—no parece sino que todas las noches se han propuesto interrumpir mi cena.

Y aproximándose á la escalera, llevóse una mano al oído para escuchar mejor.

—Me parece,—se dijo,—que todo ha sido una ilusión. Sin embargo, me guardaré unos emparedados y

una botella de moscatel para entretenerme en la celda, donde no han de interrumpirme, con seguridad.

Antonio hizo lo que acababa de decir.

Pocos instantes después penetraba en su celda.

Sentóse junto á la mesa y colocó en el cajón de ésta los emparedados que había cogido y un vaso lleno de moscatel.

En cuanto á la botella, la puso sobre el tablero de pino.

—¡Deliciosos!—exclamó.—No puede negarse que el padre Saturnino es una eminencia para estas cosas, que son, después de todo, lo que verdaderamente vale en la vida.

Antonio siguió comiendo; pero apenas clavó los dientes en uno de los emparedados, llegaron hasta él nuevos rumores de voces.

—¡Diantre!—exclamó.—No cabe duda que hablan en la galería.

Y poniéndose en pie, aplicó el oído á la cerradura de la puerta.

No se había engañado.

Dos personas conversaban muy cerca de su habitación.

Antonio reconoció las voces del boticario y del padre Saturnino.

—Pero ¿qué es lo que ocurre?—preguntaba el segundo.—Advierto una gran palidez en vuestro rostro, y estáis temblando.

—Sobrado motivo hay para lo que decís.

—Hablad, padre Nicolás; os ruego que me saquéis de esta incertidumbre.

—Ante todo debo preguntaros si empleasteis en algo el azúcar que me pedisteis.

—Ciertamente. Se había acabado la de la despensa, y como el demandadero estaba ausente, pues tuvo que salir á un recado del padre prior, me permití pediros una poca de la que empleáis para vuestros jarabes.

—Y ¿en qué la empleasteis?

—En hacer unos emparedados que destinaba á unos parientes míos.

—¡Qué horror!

—Pero ¿por qué hacéis esas exclamaciones?

—Porque en vez de enviaros azúcar, he sufrido una lamentable equivocación.

—Hablad, padre.

—Y os di arsénico.

Al oir estas palabras, Antonio, que no había perdido ni una sílaba, se estremeció de pies á cabeza.

De su mano escapóse un pedazo de emparedado.

—¡Arsénico!—exclamó con voz compungida.

Y abrigando la esperanza de haber oído mal, aplicó de nuevo el oído á la cerradura.

—¿Los habéis enviado ya á vuestra familia?—preguntó el padre Nicolás, mordiéndose los labios para no lanzar una carcajada.

—Afortunadamente no.

—De mal en menos.

—Y ahora mismo, para que no ocurra una desgracia, voy á hacerlos desaparecer.

—Es lo procedente. ¿Queréis que os acompañe á la despensa?

—En manera alguna. Esperadme aquí, padre Nicolás.

Antonio sintió que se alejaban los pasos del despensero.

—¡Arsénico, —repitió,—y me los he comido casi todos! Voy á reventar como una bomba: ¡esto es horrible!

E instintivamente llevóse las manos al estómago.

Un instante después oyéronse pasos precipitados en la galería.

—El que se acerca,—pensó Antonio,—es el padre Saturnino, que estará presa del mayor espanto desde que haya advertido las mermas de los emparedados.

El padre Saturnino, pues con efecto era él, exclamó:

—¡Esto es horrible! ¡Faltan lo menos dos docenas!

—Y ¿quién se los habrá comido?

—Algún goloso que va á pagar con la vida su glotonería.

—¡Ay, Dios mío!—dijo Antonio.

Y en aquel instante sintió un horrible retortijón.

—No han podido ser los ratones, —prosiguió el padre Saturnino,—pues hubieran estropeado los demás: esto es alguno de los legos ó de los hermanos, y es preciso que lo pongamos inmediatamente en el superior conocimiento de fray Bernardo.

—Desde luégo.

—Porque el que sea debe morir, y muy pronto.

Antonio rompió á llorar como una criatura.

Notaba en su estómago una verdadera revolución.

La jalapa empezaba á surtir sus efectos.

—¿Y he de morir como un perro?—se preguntó.—No, más vale decirle al boticario que me encuentro malo, para que me cure.

El padre Saturnino preguntó:

—Decidme, padre Nicolás, ¿no podréis preparar un antídoto?

—¡Imposible de todo punto!

—¿Por qué?

—Porque cuando ha transcurrido algún tiempo, si no se acude inmediatamente, no hay manera de evitar que se muera el desdichado que tomó la cantidad de tósigo que os di. ¿Cuánto echasteis?

—Todo.

—¡Es posible!

—¡Como creí que era azúcar!...

—¡Qué horror! Á estas horas ya debe sentir los efectos el desgraciado.

—¡Ya lo creo!—exclamó Antonio muy compungido, y dejóse caer sobre un taburete.

Gruesas gotas de sudor frío corrían por su frente, y nerviosos estremecimientos le agitaban.

—¡Es un hecho!—exclamó inflando los carrillos.—No hay salvación para mí: me muero irremisiblemente.

Al decir esto sintió un gran retortijón en el estómago, acompañado de un dolor agudo.

—¡Ay, ay, ay!—exclamó, llevándose las manos al abdomen:—no parece sino que cada uno de los emparedados se ha vuelto un demonio. ¡Ay, ay, ay!

—Parece que alguien se queja,—dijo el padre Nicolás.

—Sí, es cierto.

—Y aseguraría que los ayes han partido de esta celda.

—En ella duerme el lego Antonio, un buen hermano.

—Llamemos, pues.

Y dieron unos golpecitos en la puerta.

—Entrad, padres,—dijo el criado de Zúñiga, que habíase tendido sobre el lecho.

El boticario fué el primero que repasó el umbral.

Viendo á Antonio cubierto de sudor y apretándose el vientre, preguntóle:

—¿Qué os sucede, buen hermano? ¿Estáis enfermo?

—Me muero irremisiblemente.

—¿Habéis abusado de la cena?

—No lo creáis,—apresuróse á decir el padre Saturnino:—he estado observándole, y apenas comió.

—¡Yo me muero!

—Llamaremos al padre prior.

—No: lo que debéis hacer es darme un poco de agua caliente para que provoque.

—No es mala idea,—dijo el boticario;—pero esto

no obsta para que se despierte á fray Bernardo y que os confiese por si estáis en peligro.

—Y tan en peligro, que no espero salir con vida.

Los dos padres dejaron á solas al lego: fray Saturnino para llamar al prior, y el padre Nicolás para preparar el agua caliente.

—Y ¿cómo les digo que me he comido los emparedados?—exclamaba Antonio revolcándose en el lecho. —Tomarán toda clase de precauciones para que no entre en la despensa, y me van á matar de hambre.

Fray Bernardo, seguido de otros padres, entre ellos el despensero, penetró en la celda.

—¿Qué ocurre? — preguntó el primero con gravedad.

—Que estoy muy malito, - respondió el interpelado; —que voy á morirme.

—Confiésame en ese caso tus culpas, hijo mío, para que te absuelva y comparezcas ante Dios libre de pecado.

Un nuevo retortijón, más agudo que los anteriores, decidió á Antonio á decir la verdad.

—Lo que necesito limpiarme en este momento,— dijo, —es el estómago, que la conciencia bien tranquila está. Dadme agua caliente, mucha, á ver si arrojo el maldito tósigo.

—¿Has tomado un tósigo?

—Sí, padre, sí.

—¡Suicida!—exclamó fray Bernardo retrocediendo. —Insensato, ¿no sabes que no se puede atentar

contra la existencia sin abrirse las puertas del infierno?

—Padre, ¡si yo no he atentado! Todo lo contrario: ¡lo que quería era conservarla mucho tiempo!

—Entonces...

—Os lo explicaré todo.

—Habla, hijo mío. No hay pecado que no perdone Dios, por grande que sea, cuando el arrepentimiento es sincero.

—Entonces dadme vuestra absolución, pues os juro por lo más sagrado que me pesa con toda mi alma haberme comido un par de docenas de emparedados que había en la despensa, y que el padre Saturnino destinaba á su familia.

—Infeliz, ¿qué has hecho?

—No ignoro que una equivocación del padre Nicolás, que le dió arsénico por azúcar, ha de conducirme al otro mundo, á menos que el Señor, que todo lo puede, se compadezca de su humilde siervo.

—¡Justo castigo á tu glotonería!—exclamó el prior.

—Hice mal, muy mal, pero no me desamparéis.

En aquel instante penetró en la celda el boticario, seguido de un robusto lego que llevaba una gran olla de agua caliente y dos botellas.

El padre Nicolás iba provisto de un pistero, que acercó á los labios del que creíase moribundo.

—Padre Saturnino,—dijo el boticario,—tened la bondad de ir echando en el interior del pistero, del líquido que contiene ese par de botellas.

El despensero ejecutó esta orden.

—¡Uf! —exclamó Antonio. —¡Si es aceite!

—Aplicad la boca.

—¡Si sabe á demonios!

—Bebedlo, ó de lo contrario tendremos que apretaros las narices para que abráis los labios.

Antonio bebió una buena cantidad del líquido.

—¡Basta! —exclamó volviendo la cabeza. —¡Voy á ahogarme!

—Otro poquito, hermano.

—Pero...

—Otro poquito, y tal vez se os pueda librar de la muerte.

El lego hizo un esfuerzo.

Luégo tuvo horribles arcadas que estremecieron su pecho, produciéndole intensos dolores.

—¡Agua, agua! —dijo.

Y el lego aproximóse con la olla.

Vaso tras vaso, el inclemente fray Nicolás, que acordábase mucho en aquel instante que al enfermo debía no haber recibido las tortas hechas por el despensero, obligóle á beber media docena.

—¡Esto es horrible! —exclamaba Antonio, que estaba bañado en sudor y sentía ansias mortales.

—¿Os sentís un poquito mejor?

—¡Qué he de sentirme mejor con estos brebajes!

—Pues es preciso hacer un esfuerzo para tomarlos.

Antonio fijó sus ojos en el prior.

—Padre,—dijo,—voy á morir. Comprendo que para mí no hay salvación.

—Dadle más aceite,—interrumpió el padre Saturnino.

—Y más agua,—añadió el boticario.

Y emprendieron una verdadera lucha con el infeliz Antonio.

—¡Éste es el tormento del agua!—exclamó revolcándose en el lecho.

Sus esfuerzos fueron inútiles.

Tuvo que sucumbir al número.

Uno de los padres le sujetó la cabeza.

Otro oprimióle las narices.

El padre Saturnino acercó el pistero á sus labios, y fray Nicolás encargóse de llenarle de aceite.

Sólo el prior presenciaba ocioso la manera que empleaban para proporcionarle aquellos medicamentos empíricos.

Antonio demandaba compasión con los ojos.

Cuando hubo bebido una cantidad considerable:

—¿A que os encontráis mejor?—preguntó el boticario.

—Lo que me parece es que voy á reventar con tanto líquido. Dejadme morir tranquilo. Más quiero que el arsénico corroa mis entrañas que beber una sola gota.

—No podéis comprender el mucho bien que esto os hace.

—Ya tengo el estómago como una tinaja, y he provocado mucho: dejadme, pues, tranquilo.

—Se ha hecho cuanto ha sido posible por aliviar el cuerpo,—dijo gravemente el prior;—ahora justo es que pensemos en lo de más importancia.

El enfermo se estremeció de pies á cabeza, creyendo que tratábase de propinarle alguna otra medicina.

Sus ojos fijáronse con espanto en los de fray Bernardo.

—Confiésame tus culpas, hijo mío, puesto que te hallas á las puertas de la eternidad.

—¡Padre!

—Vosotros, hermanos míos, podéis retiraros: yo os llamaré tan pronto como haya terminado la confesión.

—Padre, ¡ahora me encuentro tan mal!...

—Tal vez dentro de poco estés peor, y no puedas confesar tus pecados.

—Cierto. Yo os lo diré todo; pero hacedme la promesa que no han de hacerme beber más.

—¿Y si es necesario?

—¡Pero si no es posible! He arrojado cuanto tenía en el estómago: siento unas ansias horribles.

—Producidas por el tósigo,—dijo el boticario.—¡Si bebiese un vasito más, tal vez se salvara!

—No, prefiero morir: no puedo complaceros, es imposible de todo punto.

Y Antonio cruzó las manos en señal de súplica.

—Dejadle,—ordenó fray Bernardo,—y salid del aposento para que se confiese.

Los padres se retiraron.

Entonces el prior sentóse en el taburete que había junto al lecho.

Sus ojos se cerraron mientras sus labios se agitaban.

Era indudable que rezaba.

Un nuevo retortijón indicóle á Antonio que el peligro no había cesado.

Entonces decidióse á descargar su conciencia diciéndole al prior lo que nuestros lectores verán en el capítulo siguiente.

CAPITULO CI

La confesión.

ADRE prior, — comenzó Antonio, — gracias por haberme propuesto que me confiese: tal vez á vuestra exquisita previsión deba entrar en el reino de los cielos.

—Habla, hijo mío, descarga tu conciencia de pecados: ten presente lo que antes te he dicho: Dios perdona las faltas, por graves que sean, cuando es sincero el arrepentimiento.

Antonio enjugóse una lágrima con el dorso de la mano, y luégo dijo con voz compungida:

—Hay muchos pecados que pesan sobre mí.

—Dímelos, pues.

—Ante todo sepa el padre prior que la enfermedad que padezco es un justo castigo á mi glotonería.

—Prosigue.

—Ayer por la mañana me dijo el padre Saturnino si quería ayudarle á batir la masa para hacer unos emparedados. Respondíle afirmativamente.

—Suprime lo que vas á decir, pues el padre despensero me lo ha referido ya.

—Si me hubiese invitado á que los probase, es seguro que por la noche no hubiera comido tantos; pero ya sabéis que las privaciones aumentan los deseos: apenas cené pensando en los emparedados, y me los comí casi todos.

—¡Qué disparate! ¿Olvidas que la gula es uno de los pecados de mayor transcendencia? Bueno es que se nutra el cuerpo, pues es una de las muchas necesidades con que venimos á este valle de lágrimas, pero no de una manera tan exagerada.

—Bien lo sé, padre, y os aseguro que si salgo con bien de esta enfermedad, no he de comer más que lo preciso para el sustento.

—Prosigue.

—No ha sido esta noche la primera que asalté la despensa, fuerza es decirlo. Otras muchas veces, particularmente los viernes, que eran los fijados para cumplir la penitencia que me impusisteis al entrar en el convento, he comido de los excelentes manjares que allí se encuentran.

—Por eso el padre Saturnino advertía tantas mermas.

—Sí, padre: yo soy el único responsable.

—Continúa.

—Fuera de estos pecados, no recuerdo tener ningún otro.

—Procura hacer memoria.

Antonio quedóse pensativo.

—Ya que no cumpliste los ayunos que te impuse, —dijo fray Bernardo, —te mortificarás la carne con los doce disciplinazos que te recomendé.

Antonio guardó silencio.

—Contesta: reflexiona que vas á morir, que un espantoso veneno corroe tus entrañas.

—Cierto, padre. Sin duda por el triste presentimiento de que iba á abandonar joven este valle de lágrimas, no quise castigarme con las disciplinas.

—¿Luego tampoco cumpliste esta penitencia?

—Tampoco, padre.

—No se explica entonces por qué viniste implorando que te permitiera entrar de nuevo en el convento, cuando te consta que en este recinto debe castigarse el cuerpo para la salvación del alma.

—¡Ay, padre mío, tenéis mucha razón, he obrado muy mal!

—Y has cumplido peor los votos que hiciste en el campo de batalla cuando viste morir á mi sobrino en tus brazos.

Antonio bajó los ojos.

Remordíale la conciencia en aquellos momentos, que él creía los últimos de su vida, haber engañado al prior.

—¡Ah padre,—dijo,—ahora me habéis hecho recordar otro pecado que pesa sobre mí!

—Dilo, pues.

—No os negaré que vuestro sobrino me llevó á Argel en su compañía, aunque bien en contra de mis deseos, pues siempre he tenido aficiones pacíficas. Le acompañé, pero no á la guerra, pues en cuanto sentí un tiro me puse lejos de las balas.

—¿Luego tampoco recogiste su último suspiro?

—Verdad que no.

—¡Ah desgraciado, cuántos pecados pesan sobre tu alma! No obstante, te prometí darte mi bendición, y ojalá te perdone Dios como yo lo hago.

—¡Grande es su omnipotencia!

—Ciertamente, y en ella debes confiar.

El padre prior, después de bendecir al lego, se levantó, dirigiéndose luégo hacia la puerta.

—¿Os alejáis, padre? ¿Me dejáis solo en momentos tan críticos?

—Voy á llamar á los padres.

—Pero ¿me perdonáis sinceramente?

—Ya te he dicho que sí.

—En cambio os prometo que de hoy en adelante, si salgo bien de ésta, he de ser un modelo de frugalidad, y que no he de haceros la menor ocultación.

Fray Bernardo abrió la puerta.

Los frailes que esperaban en la galería se apresuraron á entrar.

—¿Cómo sigue el buen lego?—preguntóle el boticario con el mayor interés.

—Parece que me encuentro un poquito mejor desde que no me propináis vuestras extrañas medicinas.

A la mañana siguiente, Antonio fué conducido con gran trabajo á la enfermería del convento.

Había pasado una noche horrible.

Sentíase completamente desfallecido.

Eran las nueve de la mañana cuando preguntóle á uno de los legos qué habíale recetado el doctor.

—Que permanezcáis á dieta.

—Pero ¿podré tomar una sopita?

—Imposible.

—¿Un caldo al menos?

—Nada absolutamente.

Antonio exhaló un profundo suspiro.

—¡Qué caros me cuestan los emparedados del padre Saturnino!—exclamó.—Maldita sea la hora en que se me ocurrió ir á la despensa.

Transcurrió aquel día y el siguiente.

El lego empezaba á sentirse desfallecido.

Hízoselo constar al padre prior en una de las visitas.

—El médico dice,—respondióle fray Bernardo,—

que deis largos paseos, porque os conviene tomar el sol.

—Lo que me conviene es tomar un par de chuletas.

—¡Qué locura! Una recaída os sería fatal.

—Pues si continúo sin comer, no conseguiré levantar cabeza.

—¿No me prometisteis no reincidir en el pecado de la gula?

—Para todo hay un término medio, padre.

—Mañana tomaréis un sopicaldo.

Antonio guardó silencio.

Aquella noche estuvo pensando en la promesa del prior.

Al amanecer ya había abandonado el lecho.

Su corazón aceleró las palpitaciones al oir en la estancia contigua el ruido que producía una cuchara al tropezar en los bordes de una taza.

—¡Me traen la sopa!—exclamó abriendo los ojos desmesuradamente.—¡Quiera Dios que se halle bien cargada de pan!

Un lego penetró en la enfermería.

—Hé aquí la sopa para el enfermo,—dijo, poniendo la taza sobre una mesa.

Antonio se aproximó.

Un grito desgarrador escapóse de su pecho.

Cuatro ó cinco pedacillos de pan nadaban sobre un caldo casi incoloro.

—Pero ¿es éste el brebaje que me ha recetado el médico?—preguntó.

—Sí, hermano.

—Estoy por deciros que se lo tome él.

—Si os repugna al estómago, me lo llevo de nuevo.

—Sí, lleváoslo y traedme cosa de más sustancia.

—Imposible.

—¿Luego ese médico se ha propuesto matarme de hambre?

—Lo que quiere es vuestra rápida curación.

—¡Pues emplea un sistema tan raro como económico!

—Me lo llevo, pues.

Y el lego dirigióse hacia la puerta.

—No hagáis tal desatino,—dijo Antonio corriendo tras el lego.—Lo tomaré, aunque no ha de servirme sino para abrir más el apetito.

Antonio sentóse junto á la mesa, y pescó con la cuchara los pedacillos de pan, que comióse con ansia.

Luégo se bebió el caldo de dos tragos.

—¡Buen provecho os haga, hermanito!—dijo el lego cogiendo la taza.

—¡Así revientes! —pensó el antiguo criado de Zuñiga.

Después ensimismóse en sus pensamientos.

—¡Esto es horrible! —exclamó. -No habrá más remedio que hacer nuevas excursiones nocturnas á la despensa, so pena de morirse de hambre; pero por si acaso el envenenamiento de los emparedados fué hecho con intención deliberada por el padre Saturnino, que todo pudiera ser, no caeré nuevamente en el lazo,

sino que cebaréme tan sólo en el jamón. No han de echar un tósigo en los perniles, que los estiman demasiado los padres para cometer tamaño disparate.

Estos pensamientos cruzaban por la mente del incorregible Antonio, cuando presentóse otra vez el lego en la enfermería.

—Hermano,—le dijo,—vamos á dar un paseíto. Afortunadamente estamos muy cerca del Retiro, donde disfrutaremos de los esplendores del sol.

—Maldita la gana que tengo de pasear.

—Lo ha recomendado mucho el médico: dice que hacéis digestiones pesadas, y que con un largo paseo es posible que se os evite tal molestia.

—Pero ¡qué digestión, ni qué niño muerto!—exclamó Antonio muy amoscado.

—¿No acabáis de tomar una sopa?

—Pero para digerirla se necesita bien poco.

—No lo creáis. Estáis muy delicado.

Negábase Antonio á salir; pero decidióle á hacerlo la presencia de fray Bernardo, que penetró en la enfermería.

—No hay más remedio que seguir las prescripciones facultativas,—díjole al lego.

Éste inclinó la cabeza con humildad.

Luégo salió de la estancia seguido del lego que habíale llevado la sopa.

Era éste un robusto mozo.

—¿Será corto el paseo?—le preguntó Antonio.

—Un par de vueltas alrededor del Buen Retiro.

—¡Qué disparate!

—Si os parece poco, gracias á Dios, no me canso.

—¡Ya te engancharía yo á una noria, y te estaría haciendo dar vueltas una semana! —pensó el antiguo criado de Zúñiga.

El lego Bruno, que éste era el nombre del acompañante de Antonio, obligó á éste á dar el paseo prometido.

Antonio sudaba la gota gorda, como vulgarmente se dice.

—¡Esto es espantoso, —exclamaba dando fuertes resoplidos:—voy á quedarme más flaco que una espina!

—No lo creáis, hermano: aun estáis bastante obeso y podéis resistir las dietas y los paseítos higiénicos que os ha recomendado el doctor.

Antonio dirigióle al lego una mirada de cólera.

No le contestó, sin embargo, ni una palabra.

Temía que le delatase al padre prior, y que éste impusiérale algún grave castigo.

CAPITULO CII

Los azotes y el impace.

RANSCURRIÓ una semana.

El plan curativo de Antonio no habíase alterado en lo más mínimo.

Por la mañana tomaba una sopa, daba luégo un largo paseo y antes de acostarse servíanle otro sopicaldo.

La desesperación del lego empezaba á rayar en locura.

Ya se encontraba perfectamente bien de los efectos que causáronle los emparedados.

Había enflaquecido notablemente, y á veces hasta desvanecíasele la cabeza de debilidad.

Una mañana se negó á dar el cotidiano paseo.

—No me muevo de la celda aunque me hagan trizas,—dijo.

—¿Os sentís peor?—le preguntó el lego Sebastián.

—Sí.

—En ese caso os suprimiremos el sopicaldito de la tarde, porque la dieta es muy conveniente.

—Haced lo que os plazca.

El lego salió de la celda.

—Lo que es esta noche voy á indemnizarme en la despensa de todas las privaciones que me han hecho pasar,—exclamó Antonio apenas estuvo solo;—si estos bribones se han propuesto enviarme al otro mundo con espantosas abstinencias, se llevan un chasco soberano.

Y Antonio estregóse las manos con la alegría del hombre que tiene hambre y se promete satisfacerla.

Aquel día estuvo presa de la mayor impaciencia.

Parecióle que el sol tardaba más que nunca en llegar á su ocaso.

El lego Sebastián, fiel cumplidor de su promesa, no le llevó aquella tarde la sopa de costumbre.

—Poco me importa,—pensaba Antonio.—Ese caldo no sirve sino para lavarse las tripas. Necesito algo más sólido; y en cuanto sean las doce, pues á esta hora tengo la seguridad que ninguno de los padres, que son muy comodones, ha de levantarse, ¡menudo va á ser el asalto que le daré á los perniles y al vino!

Llegó la noche.

Antonio, que no debía acudir al refectorio, se tendió en su lecho á fin de no oir el ruido que producían las cucharas.

—¡Si pudiera dormirme!—exclamó.—De este modo sentiría menos el hambre; pero no es fácil que se logre descansar cuando el estómago está vacío.

Antonio, en contra de lo que creía, consiguió reposar un par de horas.

Durante éstas tuvo gratísimos ensueños.

Figurábasele que se hallaba en la despensa del convento, y que estaba mejor provista que nunca.

Cuando despertó, dijo, exhalando un suspiro:

—¡Qué verdad es aquel proverbio que dice que quien hambre tiene con pan sueña! Afortunadamente eso es una ilusión de los sentidos. Bien pronto voy á satisfacer el hambre devoradora que tengo. Lo que es esta noche voy á comerme un pernil de los mayores, aunque el padre Saturnino lo advierta. También haré provisión para el resto de la semana, y cuando ese estúpido lego venga con el sopicaldo, voy á echárselo en las narices.

En el convento advertíase el silencio más profundo.

—Es indudable,—se dijo Antonio,—que todos duermen á pierna suelta. Esperaré, no obstante, algunos momentos para asegurarme de que nadie me espía.

Y el lego sostuvo una lucha horrible entre el temor de ser sorprendido y el deseo de satisfacer su apetito.

—¡Ya deben ser cerca de las doce! —exclamó.—¡Qué noche tan larguísima!

Antonio no se equivocaba.

Un cuarto de hora después anunció uno de los relojes que había llegado el momento.

—Una, dos, tres, cuatro,—dijo el lego, contando las campanadas.

Y al extinguirse la quinta vibración, oyó con gran sorpresa unos golpecitos en la puerta.

Antonio perdió el color.

¿Quién podía llamar á aquella hora?

¿Habrían adivinado los frailes los propósitos que abrigaba?

El lego tendióse en el lecho, cubriéndose con la manta.

Volvieron á llamar.

—Abrid, hermano Antonio,—dijo el conocido acento del boticario,—que tenemos que manifestaros una orden del padre prior.

Antonio no atrevióse á seguir fingiendo que dormía.

Embozóse, pues, en la manta, y abrió la puerta.

Grande fué su asombro al ver que el padre Nicolás iba acompañado de cuatro robustos legos, entre ellos Sebastián, los cuales iban provistos de soberbias disciplinas.

—¿Qué desea el reverendo fray Bernardo?—preguntó con voz temblorosa.

—Se interesa mucho por la salvación de vuestra alma; y á fin de corregiros del feo pecado de la gula,

ha dispuesto que paséis tres meses en el *impace* á pan y agua.

—¡Qué horror!

—Y que además mortifiquéis vuestra carne con un par de docenas de azotes. Una docena por la mañana y otra por la noche.

Antonio puso el rostro muy compungido.

Acordóse, sin embargo, de que en otra ocasión pudo evadirse de castigarse con las disciplinas, y bajando los ojos con mucha humildad:

—Cúmplanse los deseos del padre prior,—dijo,—y vengan las disciplinas más fuertes, para que mañana dé comienzo á la justa penitencia que me imponen.

—Imposible de todo punto,—dijo el padre Nicolás. —Tenemos todos demasiado interés en vuestra salvación, para dejar que os impongáis el castigo por vuestra misma mano. Los hombres somos débiles, nos dolemos de nuestra carne. Estos hermanos,—y designó á los cuatro legos,—os propinarán los azotes con más acierto y menos compasión.

Antonio quedóse desconcertado.

No había medio de evadir la paliza.

Cerrábanle todos los caminos.

—Ánimo, hermano,—díjole el padre Nicolás.—Es obra de un momento. Alzad vuestro hábito y bajaos los calzones. ¡Ya veréis lo bien que descansáis cuando se haya cumplido la penitencia!

—¿Os estáis burlando de mí, padre?—preguntó Antonio, que sentíase poseído de la cólera.

—¡Bien lejos de mi ánimo semejante cosa! Lo que deseo es vuestro bien.

—En este caso, si consideráis como un bien que se me muela el cuerpo á disciplinazos, os propongo, para que estéis en la gracia de Dios, que os pongáis en mi caso, y yo tomaré las disciplinas.

—No, hijo mío: el rector ha mandado que seas tú.

—Pues que le digan al padre rector que no me da la gana. Que si para entrar en el reino de los cielos es preciso no comer más que un sopicaldo y llevar el cuerpo lleno de verdugones, que renuncio á todas las excelencias de la vida monástica.

—¡Sacrílego! ¡Estás dejado de la mano de Dios!

—Lo que no quiero es que estos cuatro bárbaros me mortifiquen, y estoy dispuesto á evitarlo, sea como fuere.

—El prior lo manda.

—Pues que le den los azotes al padre prior, ya que imagina que así se gana la gloria.

—Habrá que recurrir á los medios extremos.

—Y ¿cuáles son?

—Cumplir la penitencia en contra de tu voluntad, aunque de este modo ha de aprovecharle menos á tu alma.

—Lo que habéis de hacer es dejarme en paz. Ya os he dicho que me dejéis las disciplinas, y os prometo que cumpliré la penitencia.

—No, hermano.

—Pues entonces dejadme dormir. Estoy muy débil,

hace nueve días que apenas como. No puedo resistir los disciplinazos.

—No nos envíe Dios tantos padecimientos como somos susceptibles de soportar. Hermano Antonio, reflexiona que el espíritu del infierno te ha tentado por la gula, y que eres muy acreedor á la penitencia que se te impone. No durará más que tres meses.

—¡Tres meses en el *impace* condenado á pan y agua y dándome dos docenas de azotes, y aun le parece poco!

—¿Qué es esto comparado con la eternidad?

—Nada absolutamente, pero no me resigno al castigo.

—Piénsalo bien.

—Ya lo he meditado bastante.

—Y ¿qué decides?

—Acostarme y dormir hasta mañana.

—Mira que va á perderse tu alma.

—Alguno se la encontrará para darme razon de ella.

—¡Calla, profano!

—Callaré, pero dejadme solo.

El boticario hizo una seña á Sebastián, que, como hemos dicho, era un mozo robusto como una encina.

Éste acercóse á Antonio, y con una facilidad extraordinaria, que acusaba la potencia de sus músculos de acero, montóle sobre su espalda, sujetándole las manos como con dos esposas.

Antonio pataleaba como un muchacho.

—¡Dejadme, infames!—decía con toda la fuerza de sus pulmones.

Otro de los legos encargóse de subirle el hábito y de bajarle los pantalones.

Antonio se estremeció.

Hacía por desasirse poderosos esfuerzos, pero fueron inútiles.

Las manos de Sebastián eran dos argollas de hierro.

Los dos legos restantes tenían las disciplinas enarboladas, esperando la orden del padre Nicolás para comenzar el vapuleo.

Hizo éste una seña, y dió principio la penitencia.

—¡Por Dios!—exclamó el paciente.—Dejadme, que me duele mucho.

—¡Fuerte, fuerte!—exclamaba el padre Nicolás.—Es el único modo de purificar su alma y de que no se la lleve el demonio.

—¡Qué más demonio que tú, viejo marrullero!—decía Antonio con desesperación.

Tan rudos eran los disciplinazos, que Antonio apeló á un medio para evadirse.

Hallábase, como hemos dicho, sobre las espaldas de Sebastián, de modo que su boca estaba junto al cuello del robusto lego.

Instintivamente le dió un terrible mordisco.

Sebastián, al sentir la horrible presión de los dientes, tiróse al suelo.

Antonio parecía un perro de presa.

No soltó á su víctima, y ambos rodaron por el pavimento.

—¡Le ha mordido!—exclamó el boticario. —¡Duro con él!

Y llovieron sobre Antonio, no una docena de disciplinazos, sino una multitud de docenas.

Gruesas gotas de sudor corrían por su frente.

Cuantas veces intentó levantarse fué derribado de nuevo.

El vapuleo fué terrible.

Cuando los legos estuvieron cansados, cogieron á Antonio, uno por debajo de los brazos y otro por los pies.

—¡Al *impace!*—exclamó el padre Nicolás.

Y aventuráronse por la empinada escalera que conducía al terrible calabozo.

Cuando llegaron á la puerta de éste, arrojaron á Antonio sobre el húmedo suelo como si hubiera sido un fardo.

—¡Ay, Santo Dios!—exclamó el criado de Zúñiga, elevando los ojos,—¡qué caras me han costado las golosinas que comíme en la despensa! Ahora me tendrán aquí los tres meses prometidos. ¡Maldito el instante en que se me ocurrió ingresar de nuevo en el convento! ¡Cuánto mejor estaba con mi amo don Juan, á pesar de sus locuras!

Antonio quiso incorporarse, pero sin conseguirlo. Sentía unos dolores espantosos.

Entonces rompió á llorar.

Las ratas habían de ser las únicas compañeras que tendría durante un trimestre.

Su alimento, un pedazo de pan.

Espantábanle estas perspectivas, á las que uníanse las dos docenas de azotes que deberían propinarle los buenos y caritativos legos de San Jerónimo.

CAPITULO CIII

Durante el viaje.

OLVAMOS al encuentro de Felisa y Pietro, á quienes, como recordarán nuestros lectores, hemos dejado huyendo de Sevilla, después del desastroso drama ocurrido en la terraza de la casa de campo del conde de Massi.

La inquietud de la diva y su amante no desapareció hasta que el buque, desplegando su aparejo, comenzó su viaje.

Pietro pensó desde luégo en la conveniencia de cambiar de nombre.

—Desde este instante,—le dijo á su amada,—me llamarás Fernando.

—Y á mí Cesarina.

CAPITULO CIV

Donde Pietro prosigue haciendo de las suyas.

Dos horas después nuestros protagonistas abandonaban el buque, pasando á uno de los esquifes que debían conducirlos á tierra.

Estos esquifes habían acudido con objeto de recoger pasajeros, apenas divisaron las velas de la embarcación.

Felisa cuidó mucho de que su equipaje fuese en la misma barca que ellos.

Pietro se sonrió maliciosamente.

El más pequeño pormenor indicábale que su amada habíase hecho dueña de cuanto poseía Massi en Sevilla.

El marinero dueño del esquife que los conducía era un robusto marsellés, de fisonomía alegre y vivaracha.

Sus pómulos salientes tenían ese rojo subido que indica el abuso de las bebidas alcohólicas. Sentóse en la proa, y apoderándose de los remos, hizo que el esquife cortase el agua con rapidez.

—¿Pensáis fijar vuestra residencia en Marsella?—preguntó á Pietro con esa franqueza propia de los que han nacido en los pueblos meridionales.

—Sí,—respondió el tenor.

—¿En alguna hostería?

—En la mejor que encontremos.

—Entonces en la hostería del *Puerto Viejo*. Es sin duda alguna la que reune mejores condiciones. Si queréis, os guiaré á ella.

—Os lo agradeceré infinito.

—Se disfruta desde los balcones de la hermosa perspectiva del mar.

—Esto me agrada sobre manera,—dijo Felisa.

—El dueño del establecimiento,—prosiguió el marinero,—ha decorado el local hace poco con gran lujo; tiene el mejor cocinero de Marsella; en una palabra, á su hostería acude lo más selecto de la ciudad.

—Vamos en ese caso á la hostería del *Puerto Viejo*.

El marsellés dió unos cuantos golpes de remo, tan poderosos, que no tardó en poner el bote á corta distancia de la playa.

Entonces se levantó, y con una ligereza extraordinaria saltó á la arena, atracando el esquife.

Luégo alargóle su encallecida mano á Felisa.

Ésta hallóse en tierra un instante después.

Multitud de mozos y muchachos acercáronse á la diva, solicitando la conducción del equipaje.

—Es mucho mejor que toméis un vehículo,—dijo el marinero.

—¿No lo tiene la hostería?

—¡No ha de tenerlo! ¿No veis aquel conductor que restalla el látigo para llamar la atención de los que pasan?

—Perfectamente.

—Pues es uno de los servidores de la hostería de que os he hablado.

Pietro le hizo una seña.

El mofletudo cochero tiró de la rienda para que los caballos dirigiéranse al sitio en que le llamaban.

Un instante después hallábase á corta distancia del bote.

El marino dijo al conductor que se apease.

Entre ambos depositaron el equipaje en el vehículo.

Luégo acomodáronse Felisa y Pietro.

La primera recompensó al dueño del esquife.

Era la única que podía hacerlo, pues su amado no tenía dinero.

El vehículo se puso en movimiento.

Poco después deteníase ante el espacioso zaguán de la hostería del *Puerto*.

El edificio hallábase rodeado de un hermoso jardín.

Un dependiente salió á recibir á los viajeros.

—¿Qué deseáis, señores?—les preguntó.—Hay habitaciones en el piso bajo y en el principal. Puede servirse en ellas ó en el comedor, según os acomode.

—¡Este es un país de charlatanes!—pensó Pietro.

Con efecto, es imposible formarse una idea de lo que son los industriales franceses, no habiéndolos visto.

Cada uno es un catálogo de los géneros que expiden.

Los dos viajeros fueron acomodados en el piso principal.

Felisa eligió una sala y un dormitorio.

La primera tenía dos ventanas, desde las que descubríase la vasta extensión del mar.

La estancia estaba amueblada con gusto.

Inútil es decir que no se apartó del dependiente y del cochero hasta que su equipaje estuvo en las habitaciones de que iba á servirse.

Serían las dos de la tarde.

—¿Quieren los señores que les sirva la comida?—preguntó el dependiente.

—Sí,—respondió Pietro.—Te recomiendo que los vinos sean de primera clase.

—¿Burdeos?

—Y si tienes jerez, tráete una botella. Deliro por los vinos españoles.

El mozo se alejó.

Pietro dejóse caer sobre un sillón, fijando luégo sus ojos en Felisa.

—La verdad es que estamos perfectamente,—exclamó, poniendo una pierna sobre la otra.

—Lo poco que he podido ver de la ciudad me agrada.

—¡Ya lo creo!

El dependiente entró de nuevo, cubriendo la mesa con un blanco mantel.

—Pienso hacer bien los honores á la comida,—dijo el tenor.

—No lo dudo. En el buque nos han tratado mal.

—Pero ya estamos en tierra, donde podemos indemnizarnos con creces.

Felisa sentóse junto á la mesa.

Lo mismo hizo Pietro.

Poco después la amante pareja saboreaba una suculenta comida.

Durante ella, el italiano probó sus aficiones al zumo de la vid.

—¡Cuidado, Pietro!—le dijo Felisa.

—¿Temes que me embriague?

—No ignoro que eres un buen bebedor, pero has abusado.

—Yo no sucumbo al vino, como el conde de Massi.

—No me recuerdes á ese hombre.

—Ahora, si te parece, daremos un paseo por la ciudad.

—Pietro, ¿imaginas que soy de hierro? Piensa que

debo estar rendida, que no apetezco más que el descanso.

—Pero ¿no te opondrás á que yo dé una vuelta por las calles?

—Haz lo que quieras.

—Me lleváré la llave de la habitación, y así puedes acostarte sin que te moleste á mi regreso.

—¿Piensas volver tan tarde?

—No. Tomar café en cualquier establecimiento, y recorrer algunas calles.

—Como quieras.

—Pero para esto necesito recurrir á ti. Sabes que no poseo ni una moneda de plata. Ya encontraré manera de ganar algo, para no molestarte.

Josefina se sonrió.

Halagóle la promesa que Pietro acababa de hacerla, y para recompensarle entrególe una moneda de oro.

—¡Gracias, hermosa mía! —dijo el tenor.

Y depositó un beso en los labios de la italiana.

Luégo calóse el sombrero y salió de la estancia tarareando una de las arias de su repertorio.

Pietro aventuróse por un laberinto de calles.

Cuando se cansó de recorrerlas, penetró en una hostería.

Distaba ésta de parecerse á la que habitaba en el puerto viejo.

Era uno de esos establecimientos concurridos por gente pendenciera y de mal vivir.

Inútil es consignar que en la atmósfera viciosa de aquel centro de corrupción, hallábase nuestro protagonista más satisfecho.

El joven sentóse en uno de los taburetes que había desocupados, y dirigió una mirada á su alrededor para estudiar las fisonomías de las personas que allí se encontraban.

Varios marineros jugaban, fumaban y bebían.

Algunos bohemios devoraban un guisote inmundo; pero lo que principalmente llamó la atención de Pietro fueron dos mujeres que ocupaban una de las mesas situadas en los ángulos de la habitación.

Una de ellas hallábase en la primera juventud.

Apenas tendría diez y seis años.

Sus cabellos negros estaban artísticamente peinados. Sus ojos, como el azabache, poseían una languidez encantadora.

La joven iba vestida modestamente, pero sus manos y sus rosadas y pequeñas orejas ostentaban magníficos y deslumbradores diamantes.

En cuanto á la persona que la acompañaba, era una vieja de rostro apergaminado, nariz corva como el pico de un ave de rapiña, y ojos verdosos, que revolvíanse á derecha é izquierda del aposento, fijándose en los concurrentes de la tasca.

Pietro no sorprendióse de ver aquellas dos mujéres en aquel sitio.

Comprendió desde luégo á la clase social á que pertenecían.

—¡Qué hermosa es!—exclamó, refiriéndose á la joven.

Y con el descaro que le era característico, púsose en pie, y sentóse luégo junto á la mesa contigua á la que ocupaban las dos mujeres.

La vieja fijó sus ojos en el italiano.

No tardó en comprender la impresión que su compañera habíale causado.

Nada más fácil que entablar conversación con ciertas mujeres.

Al acercarse el mozo preguntando á Pietro qué deseaba tomar:

—Trae para mí, —respondióle, —un refresco, y para estas señoras lo que deseen.

—¡Mil gracias!—contestó la vieja.

Y volviéndose á su compañera:

—Tú, ¿qué quieres?—la preguntó.

—Lo que te parezca.

—Tráenos entonces algún marisco y una botella de burdeos.

Pietro se sonrió.

No se había equivocado al suponer que aquella joven pertenecía al número de desgraciadas que hacen un vergonzoso comercio con su hermosura.

—¿Sois extranjero?—le preguntó la vieja.

—Italiano.

—Y ¿pensáis permanecer en Marsella mucho tiempo?

—Probablemente todo lo que me resta de vida.

—Marsella es una hermosa ciudad.

—Donde se encuentran mujeres como la que te acompaña.

La joven se sonrió al oir las frases galantes del tenor. El mozo llevóles lo que acababan de pedir.

Supo Pietro pocos instantes después que la joven se llamaba Marieta y su compañera Bernardina.

Pasaba ésta por madre de la primera, aunque realmente no lo era.

Cuando concluyeron de cenar, Bernardina ofreciéle su casa á Pietro, que hallábase en una de las calles del barrio de los catalanes.

—No lo olvidaré, - dijo el joven, —y mañana mismo he de haceros una visita.

—¿A qué hora?

—Por la noche.

—En ese caso, te esperaremos.

—Buenas noches, pues, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Pietro salió del establecimiento después de pagar el importe de lo que habían tomado.

Dirigióse luégo á la hostería del *Puerto Viejo*.

—¡No puede negarse que Marieta es una linda muchacha! —pensó durante el trayecto. —Mañana me propongo hacerla una visita.

Y el joven, repasando el jardín que rodeaba la hostería, penetró en el portal y aventuróse por la escalera.

CAPITULO CV

Diferencias.

ELISA, que habíase quedado profundamente dormida durante la ausencia de Pietro, despertóse al ruido que éste hizo al entrar en la estancia.

La italiana se incorporó en el diván.

El aposento estaba sumido en la más profunda oscuridad.

—¿Eres tú, Pietro?—le preguntó.

—Sí. ¿Cómo estás á oscuras? ¿Por qué no llamaste para que trajesen una luz?

—Me había dormido. Debe ser muy tarde. No se oye ruido en el establecimiento.

—Pues muy temprano se retiran sus moradores.

—¿Qué hora es?

—Las once.

—¿Y qué has hecho tanto tiempo? ¿Acaso te has extraviado en las calles?

Esta pregunta hizo que el joven no tuviera que inventar un pretexto.

—Sí,—dijo.—Marsella es mayor de lo que creía. Sus calles parecen un nuevo laberinto de Creta.

—Ven, Pietro, siéntate á mi lado.

El italiano agitó el cordón de la campanilla.

Al llamamiento acudió uno de los dependientes.

—Trae una luz,—le dijo el tenor.

Esta orden fué ejecutada en seguida.

Cuando los amantes quedáronse de nuevo solos, Felisa rodeó con sus brazos el cuello de Pietro.

—¡Amado mío,—le dijo,—sabes que siempre te he querido mucho; pero de algun tiempo á esta parte parece que mi amor se ha agigantado!

—¿De veras?

—Sí, Pietro. Ahora soy completamente tuya, no hay nadie que nos separe: no necesito dirigir á otro fingidas palabras de amor.

—Es cierto.

—Lo que deseo es que me correspondas de igual manera, que cifres en mí toda tu felicidad.

Felisa era sincera en aquel instante.

Pietro tenía una buena figura, y la diva dejábase llevar mucho de la estética.

—Por lo mismo que me satisface,—dijo el joven,—

que permanezcas siempre á mi lado, es por lo que me opongo á que trabajes en un teatro.

—¡Pero si es preciso!

—¡Qué ha de serlo!

—No dudes que te encuentras en un lamentable error. Si hubiésemos salido de Sevilla con menos precipitación, hubiese sido fácil asegurar nuestro porvenir; pero reflexiona que apenas hemos tenido tiempo de apoderarnos de algunas prendas y una escasa suma. Además, el conde de Massi estaba arruinado.

—¡No lo creas!

—¡Es positivo! A Sevilla no llevó ni la quinta parte de su fortuna.

—Me extraña que un hombre tan despreocupado dejase á su esposa en tan buenas condiciones.

—Es preciso, por lo tanto, volver á cantar. Esto no me molesta; por el contrario, sabes que me agrada.

—Pero á mí no.

—Y ¿por qué, Pietro? ¿Acaso no te conocí en el teatro? Yo tengo este dulce recuerdo.

—Eres bella, eres artista. Con estas dos cualidades has de tener, como has tenido siempre, multitud de adoradores.

—Que sentirán envidia al ver que no amo á nadie más que á ti.

—¿Y si encuentras en tu camino otro afortunado como lo fué Massi?

—Pietro, no me ofendas con tus palabras. Refle-

xiona que yo estaba en relaciones con el conde mucho antes de conocerte. Era, por lo tanto, dueña absoluta de mi albedrío y de mi corazón.

—No te lo niego.

—Por ti le he sido infiel. Hasta le odiaba.

—¿De modo que no quieres hacer el sacrificio de renunciar al teatro?

—Hay un medio de complacerte.

—¿Cuál?

—Que te contrates tú.

—¡Para que me pase los días ensayando y las noches en escena, dejándote sola!

—¿No tienes confianza?

—Sí, Felisa; pero me pides un imposible.

—No comprendo la antipatía que has tomado al teatro. Antes te agradaba.

—Porque éramos pobres.

—También lo somos ahora.

—Pero no hasta el punto de tener que trabajar, exponiéndonos á que la policía descubra nuestro paradero.

Lo que más le preocupaba á Pietro eran los temores que expresábale á su amada.

Sabía que hallándose lejos de la ciudad en que perpetró el crimen, no era fácil que la justicia le impusiese el castigo á que se había hecho acreedor.

No ignoraba que Felisa era dueña de una buena fortuna; que únicamente sus aficiones á la vida azarosa del teatro y la ambición de aumentar sus riquezas

obligábanla á darle un consejo tan en contra de las aspiraciones del italiano.

¡Cuán distinto era el plan de vida que habíase trazado Pietro!

Vivir con lujo hasta que se concluyese la última moneda de oro, y entonces separarse de la diva, abandonándola para siempre, buscando otra mujer á quien explotar.

Felisa amaba á Pietro. Esto era bastante para que el italiano la viese con indiferencia.

Siempre sucede lo mismo. En amor no existe equilibrio. No parece sino que dos corazones no pueden palpitar sino á impulsos de un afecto que con la misma intensidad resida en dos almas.

Pietro y Felisa sostuvieron un largo diálogo.

El primero que sintió sueño fué el joven.

—Amada mía,—dijo,—ya es tarde. Mañana saldremos para que veas la ciudad.

—Y después de unos días haremos gestiones para ajustarnos en un teatro.

—Bien. Como quieras. Supuesto que no hay modo de convencerte, me resigno.

—¡Cuánto te agradezco estas palabras!

—¡Lo mismo sois todas! Cuando se os complace, nos consideráis muy buenos.

Pietro despojóse de su ropa y se acostó.

Un instante después dormía profundamente.

Entonces Felisa aprovechó esta circunstancia para abrir una de las cajas de su equipaje.

En ella había varios saquitos llenos de monedas de oro, que la diva encerró en un armarito que ocupaba uno de los frentes del aposento.

Cuando hubo terminado esta operación, cerróla con llave, guardándose ésta en el pecho.

—Conviene que Pietro siga ignorando que poseo tanto dinero,—pensó.—Le conozco, y lo malgastaría.

Felisa dirigióse á la estancia en que se hallaba su amante.

Éste seguía durmiendo.

La diva le estuvo contemplando.

—¡No puede negarse,—exclamó,—que tiene buena figura!

Y sus labios uniéronse á los del tenor.

Éste hizo un movimiento, abrió los soñolientos ojos un instante, y cerrólos de nuevo, continuando en brazos de Morfeo.

Al día siguiente estaba el sol muy alto cuando los amantes se dieron cuenta de sus personas.

Pietro fué el primero que despertóse.

Al abrir los ojos vió que la luz penetraba con gran intensidad por las ventanas de la sala contigua.

Abandonó el lecho, procurando hacer el menor ruido posible para que Felisa no le sintiese.

El joven se acordó de que aquella noche tenía que cumplir su palabra á Marieta, haciéndola una visita.

Para esto era condición imprescindible ir provisto de algunas monedas, que Pietro no tenía.

Dirigióse á la sala.

—Si la pido dinero,—se dijo pensando en Felisa,—es muy posible que me lo niegue: es mejor, por lo tanto, cogerlo sin su autorización.

El joven registró un portamonedas que la diva había dejado sobre la mesa, no encontrando más que dos monedas de plata.

Empezaba á desesperarse, cuando observó que la italiana había dejado sobre el tablero de mármol de la chimenea algunas sortijas que quitóse la noche anterior.

Entre ellas un precioso cintillo de oro con un grueso diamante, regalo del conde.

—*¡Eureka!*—exclamó el tenor, empleando la palabra de Arquímedes.

Y guardóse el cintillo.

Tiempo era de que así lo hiciese, pues en aquel instante despertóse Felisa.

—¡Pietro!—dijo la diva con su acento argentino.

—¿Qué quieres, amada mía?

—Creí que habías salido de la habitación.

—No, estaba aquí velando tu sueño.

—¿Hace mucho que te levantaste?

—Muy poco. ¡Ni he acabado de vestirme!

—¿Recuerdas la promesa que anoche me hiciste?

—¿A qué te refieres?

Me prometiste que saldríamos á dar un paseo.

—Es verdad.

—Voy á vestirme, pues. Almorzaremos, y luégo estoy á tus órdenes.

—Perfectamente.

La italiana bajó de su lecho.

Su negra cabellera cayó sobre su espalda, blanca como el alabastro y tersa como el marfil.

—¡Qué hermosa eres!—exclamó Pietro rodeando su talle con uno de sus brazos.

Felisa se puso un traje de mañana, procediendo luégo á la ardua tarea de peinarse.

—Lo primero que necesito,—dijo mirándose al espejo,—es una doncella.—No puedo acostumbrarme á no tener quien me sirva.

—Hoy mismo se buscará.

Felisa arregló sus cabellos lo mejor que pudo.

Luégo sentóse en el diván y llamó.

—¿Qué desean los señores?—preguntaba un instante después uno de los mozos del establecimiento.

—Puedes traernos el almuerzo.

—Al instante, señores.

Pietro estaba intranquilo. Temía á cada momento que su amada echase de menos la sortija, por más que estaba dispuesto á negar que la había cogido.

Después de almorzar perfectamente, Felisa se puso uno de sus mejores vestidos.

No echó de menos la prenda que le faltaba.

Ni siquiera acordóse de que el día anterior habíala dejado expuesta á la codicia de su amante.